

# LA DIETA ESTADOUNIDENSE Y LA DEPENDENCIA ALIMENTARIA EN AMÉRICA LATINA

Gerardo Otero\*  
Gabriela Pechlaner\*\*

**RESUMEN:** Con el neoliberalismo, las agriculturas y dietas nacionales de América Latina se han subsumido cada vez más a los patrones alimentarios y productivos de clima templado. En este artículo presentamos la adopción de ese patrón dietético y sus consecuencias asociadas. La biotecnología difiere de la revolución verde por sus particularidades ecológicas y la dinámica de las grandes agroempresas multinacionales (AEM); aquí se subrayan sus implicaciones. Macro-datos de la región del TLCAN demuestran la creciente dependencia alimentaria del socio menos desarrollado: México. Proponemos democratizar las agendas de investigación agrícola con tecnologías apropiadas para los pequeños productores y la sustentabilidad ecológica de la agricultura.

**PALABRAS CLAVE:** régimen alimentario, biotecnología, Revolución Verde, neoliberalismo, agroempresas multinacionales.

**ABSTRACT:** With neoliberalism, diets and agricultures in Latin America have increasingly conformed to food and productive patterns of temperate climes of the North. We present this adoption pattern and its consequences. Biotechnology differs from the Green Revolution for its ecological peculiarities and the role of agribusiness multinational corporations. We underline its implications. Macro-data on the NAFTA region show the growing food dependency of its less developed partner: Mexico. We propose to democratize agricultural research agendas with appropriate technologies for smallholder peasants to ensure the ecological sustainability of agriculture.

**KEY WORDS:** food regime, biotechnology, Green Revolution, neoliberalism, agribusiness multinationals.

\* Profesor de sociología y estudios internacionales en la Simon Fraser University en Vancouver, Canadá.

\*\* Profesora de sociología en la University of the Fraser Valley en Abbotsford, Columbia Británica, Canadá.

## INTRODUCCIÓN

El principal argumento planteado en este artículo es que, con la reforma neoliberal del capitalismo a escala global, las agriculturas nacionales de América Latina se han subsumido cada vez más, a los patrones alimentarios y productivos de clima templado. Es decir, se ha empezado a generalizar lo que llamamos «la dieta neoliberal», originada en Estados Unidos. Debido a que se ha transferido y adoptado efectivamente la agricultura moderna a través de la Revolución Verde —al menos a las regiones de agricultura de riego y, parcialmente, a las de temporal— América Latina se ha tornado dependiente tecnológicamente. Algunos países como México también se han vuelto dependientes de la importación de alimentos básicos, convirtiéndose en importadores netos de alimentos. Los únicos Estados independientes con superávit agrícola están en el Cono Sur: Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO], 2004). Lo paradójico de la dependencia alimentaria es que se da en el contexto del aumento de exportaciones agrícolas desde la región. En términos un tanto simplificados, nos hemos convertido en importadores de alimentos básicos altamente subsidiados en Estados Unidos y Canadá, a la vez que exportamos alimentos «de lujo» —frutas y verduras— por su alto precio doméstico. El problema se puso de relieve con la inflación global de precios alimentarios desatada a finales de 2007, pues incluyó centralmente los granos básicos y sus derivados.

La adopción de los patrones dietéticos de los países templados y la dependencia tecnológica y alimentaria conlleva implicaciones sociales y ecológicas indeseables. Además, la dieta basada en carne y productos lácteos se ha tornadopeligrosa para la salud de las personas, ya que está claramente asociada con un aumento en la incidencia de la enfermedad cardíaca y de varios cánceres.

Este artículo se divide en tres secciones principales. La primera aborda la adopción del patrón dietético de clima templado que se ha dado en la región y destaca sus consecuencias asociadas. La segunda sección enfatiza dos diferencias de la biotecnología —sus particularidades ecológi-

cas y la dinámica de las grandes agroempresas multinacionales (AEM)— y se subrayan las implicaciones de esas diferencias. La tercera sección presenta datos comparativos de la región del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en cuanto a su producción alimentaria y demuestra la creciente dependencia de la importación de alimentos por el socio menos desarrollado: México. En la conclusión argumentamos a favor de la democratización de las agendas de investigación en la agricultura, de modo que se puedan desarrollar nuevas tecnologías que sean apropiadas para los pequeños productores y la sustentabilidad ecológica de la agricultura.

#### SEGURIDAD ALIMENTARIA NACIONAL Y PATRONES INTERNOS DE CONSUMO

La transferencia del paradigma agrícola estadounidense ha implicado profundos cambios no sólo en los patrones de producción de cultivos, sino también en los patrones de consumo de alimentos en los países receptores. Los profundos cambios en las dietas de los países en desarrollo se iniciaron a partir de la ayuda alimentaria de Estados Unidos, una estrategia para deshacerse de los excedentes agrícolas de trigo (Burbach y Flynn, 1980).

El trigo fue «a la vez un cambio de los alimentos de la dieta más tradicionales y una alternativa producida eficientemente, con frecuencia utilizando subsidios, frente a los cultivos en el mercado de los agricultores nacionales» (Friedmann, 1994: 182). La mayoría de los países del llamado Tercer Mundo ha sido incapaz de competir con las exportaciones de bajo precio provenientes de Estados Unidos y sus agriculturas nacionales se han estancado y decaído: «las políticas de importación generaron dependencia alimentaria en dos décadas en los países que en gran parte eran autosuficientes en alimentos para el final de la segunda guerra mundial» (Friedmann, 1994: 182).

El caso del colapso agrícola de México ilustra la creciente dependencia alimentaria en América Latina. En 1965 su población estaba

distribuida casi equitativamente entre las áreas urbanas y las rurales; además, la agricultura aportaba cerca de 65% del comercio exterior. Para 2000, la población urbana era 75% y la rural 25%. Sin embargo, sólo 20% de la población económicamente activa (PEA) contaba con empleo rural.

La contribución rural al Producto Interno Bruto (PIB) era de 7.3% en 1992 y apenas de 3.5% para 2007. Bajo estas condiciones, 90% de todos los agricultores producía principalmente para la auto-subsistencia, mientras que 40% vendía cultivos comerciales. La dependencia de México en los granos de importación, primordialmente provenientes de Estados Unidos, había crecido considerablemente para fines del siglo xx. Las importaciones de maíz para el consumo nacional aumentaron de menos de 10% en los años 1990-1992 a 33% para 2006-2009. En trigo, las cifras pasaron de una dependencia de menos de 20% en 1990-1992 a casi 60% para 2006-2009. En soya la dependencia es casi total, al pasar de importar 74% para el consumo nacional en 1990-1992 hasta 97% en 2006-2009. Las importaciones para el consumo nacional de arroz pasaron de 60% en 1990-1992 a 75% en 2006-2009.

Una tendencia nueva, producto específico del TLCAN, se refiere a la importación de productos cárnicos, que conlleva la importación adicional del modelo dietético estadounidense: las importaciones de carne de bovino pasaron de 5% a 7.5% en el periodo aludido arriba, las de carne de puerco pasaron de menos de 4% a más de 30% y las de carne de pollo aumentaron de 7% a 19% (Wise, 2010).

Hay que poner en gran relieve dos puntos fundamentales de este patrón emergente de dependencia alimentaria. Por un lado, está el hecho de que los sectores avícola y ganadero en Estados Unidos han cambiado la dieta de los animales cada vez más hacia una base de maíz. La continuación de los subsidios que mantiene este cultivo relativamente barato en comparación con otros alimentos para la ganadería y la avicultura se mantiene gracias a la influencia política de los grupos de cabildeo patrocinados tanto por los agricultores como por la agroindustria. Esta última se ha visto afectada por la competencia por el maíz como insumo, representado por la industria de los mal llamados *biocombustibles*, en particular

el etanol basado en maíz. Con el afán de reducir su dependencia de las importaciones petroleras desde el medio-este, el gobierno de Estados Unidos introdujo fuertes subsidios para su producción, con falsos argumentos de que el etanol es menos contaminante que la gasolina (Otero y Jones, 2010). Por otro lado, los cultivos que están detrás de esta dependencia alimentaria —sobre todo el maíz tanto, tanto por su consumo directo, como por su uso para la producción de carne— han sido producidos desde mediados de los años noventa con semillas transgénicas, el principal producto de la biotecnología agrícola hasta la segunda década del siglo XXI.

Las dinámicas de las importaciones y la demanda de exportaciones del régimen alimentario global han fortalecido aún más estas tendencias de dependencia en América Latina. Las mejoras en el consumo alimentario son impulsadas ahora por las importaciones de alimentos y esta dependencia va al alza.

Las importaciones agrícolas en once países latinoamericanos y del Caribe conformaban 30% de los insumos nacionales de alimentos en los años ochenta del siglo XX (USDA, ERS, 1997: 20). Esta cifra se elevó a 44% en 1999 y se proyectaba que se incrementaría a 50% para 2011 (Meade *et al.*, 2002: 16). Un lado negativo de la dependencia de la importación de alimentos es la producción agrícola para la exportación, en la que los exportadores están sujetos a fuerzas externas que dictan qué es lo que debe producirse (Cabello, 2003: 132). Esto tiene implicaciones para las poblaciones locales e igualmente para la seguridad alimentaria nacional. En consecuencia, como ya se señaló antes, las mejoras en la dieta nacional con frecuencia no reflejan las diferenciaciones regionales, en particular en las áreas rurales. En cambio, el desarrollo económico asociado con el traslado de la producción de subsistencia a la comercial puede estar vinculado con la exclusión económica, una reducción en la diversidad en la dieta e incluso un aumento en la desnutrición (Teubal, 2008). A medida que se reduce la capacidad de los campesinos de producir sus propios medios de subsistencia con base en los cultivos tradicionales,

éstos son reemplazados por cultivos más rentables que se venden directamente en el mercado (Cabello, 2003: 131).

Los cultivos tradicionales son sustituidos por variedades de alto rendimiento; los cultivos mixtos tradicionales, por el monocultivo. Los alimentos industriales, que deben ser comprados, han tomado el lugar de los cultivos tradicionales y el autoconsumo, exacerbando con ello el hambre y la desnutrición. Una buena ilustración de los impactos de esa «modernización» la constituye el estudio de Whiteford (1991) de una comunidad en Costa Rica afectada por el crecimiento de la industria de la carne de res. Whiteford encontró que el cambio en los patrones de uso del suelo era la principal causa de una nutrición insuficiente. Convertir las tierras de cultivo en zonas de pasto para la producción de ganado reduce las tierras disponibles para la subsistencia, a la vez que no ofrece empleo suficiente para participar en la economía comercial. Al mismo tiempo, para mediados de los años setenta, los alimentos procesados y empacados fueron introducidos a la comunidad por primera vez, ofreciendo productos como leche en polvo para bebés, pan blanco y «Jack's Snacks»; es decir, alimentos para los pocos que podrían pagarlos (Whiteford, 1991: 136).

El patrón de consumo alimentario de América Latina continúa tendiendo hacia una dieta al estilo estadounidense, basada en trigo, carne y leche, alejándose de los granos y cereales locales. En cierta forma irónica, esto ocurre al mismo tiempo que hay un movimiento del público estadounidense hacia carnes más magras y alimentos con más fibra y menos grasas y colesterol. En consecuencia, la demanda de cereales en los países desarrollados podría disminuir, ya que por razones de salud la gente cambia a dietas con menor contenido de carnes. No obstante, dada la distribución de la población entre los países desarrollados y en desarrollo, la *americanización* de las dietas en los últimos tendrá un profundo efecto en las necesidades alimentarias.

En la actualidad, los «alimentos básicos de bajo valor» (por ejemplo, panes y cereales) representan 27% del presupuesto de gastos de los consumidores de alimentos en los países de bajos ingresos, pero sólo 12% en los

países de altos ingresos (Seale, Regmi, y Berstein, 2003: 2). Además, los «consumidores en los países de bajos ingresos [...] realizan mayores ajustes en sus gastos del hogar cuando los ingresos o los precios cambian»: por ejemplo, un incremento de 10% en el ingreso tan sólo produciría 1% de incremento en el gasto en alimentos en Estados Unidos, pero 8% de aumento en Tanzania (Seale, Regmi, y Berstein, 2003: 2). Los aumentos en el ingreso producen una mayor demanda de frutas, verduras y ganado en pie (Wiebe, 2003: 8), y en general la demanda de alimentos de alto valor (como carne y lácteos) está creciendo (Seale, Regmi, y Berstein, 2003: 2). Se espera que el total del ingreso en el mundo en desarrollo se incremente en un promedio anual de 4.3% entre 1995 y 2020 (Pinstrup-Andersen y Pandya-Lorch, 2000: 7). Dado que cerca de 70% de la población mundial se concentra en países en desarrollo, este incremento en ingreso significará proporcionalmente una demanda mucho mayor de alimentos.

También la diversidad en la dieta se incrementa a medida que la gente se traslada de las áreas rurales a las urbanas (Pinstrup-Andersen y Pandya-Lorch, 2000: 7) y la urbanización tiende a cambiar las dietas de granos poco elaborados por arroz o trigo, frutas, verduras, productos animales y alimentos procesados (Wiebe, 2003: 8). Se proyecta que las poblaciones rurales permanecerán constantes entre 1990 y 2020; sin embargo, a causa de esta «migración de las áreas rurales a las urbanas, y por el crecimiento natural de las poblaciones urbanas, prácticamente todo el incremento poblacional proyectado ocurrirá en áreas urbanas» (Dyson, 1996: 105).

Globalmente, la población urbana, que en 2007 pasó la marca de 50% a escala mundial, habrá de incrementarse a 62.0% para 2020; en América Latina se proyecta que se incremente de 71.5% a 82.9% para los mismos años (Dyson, 1996: 102). En síntesis, además de las presiones alimentarias de las tendencias demográficas, la urbanización y los aumentos en los ingresos, en los países en desarrollo tienen una alta probabilidad de tener profundos impactos en la demanda de alimentos, en particular la demanda de alimentos de alto valor como carnes, frutas y verduras.

Dado que la producción de una caloría de carne de res requiere 11 calorías derivadas de las plantas, el cambio dietético hacia estos alimentos de alto valor es globalmente significativo. Se estima que las necesidades alimentarias de aquellos países en los cuales la dieta está dominada por el maíz, como en la mayor parte de América Latina, se duplicarán para 2050 (World Food Summit, 1996: 3-4).

Finalmente, hay una ironía amarga en la *americanización*—o *estadounidización*— de las dietas latinoamericanas. El cambio a dietas basadas en leche, carne y trigo, junto con la creciente polarización social y los aumentos en los ingresos, está derivando en situaciones en donde los problemas de exceso de alimentación y obesidad pueden encontrarse concurrentemente con la desnutrición (Mancino, Lin y Ballanger, 2004).

#### TLCAN Y DEPENDENCIA ALIMENTARIA

Los tres países de TLCAN, cuya integración económica se consolidó a partir de su inicio formal en 1994, ofrecen una buena oportunidad para analizar el impacto diferencial que han tenido el globalismo neoliberal y los productos transgénicos en naciones con diversos niveles de desarrollo capitalista. Esto nos puede dar una especie de barómetro de lo que estaría por venir en América Latina de continuarse los esfuerzos por integrarse comercialmente con Estados Unidos.

Los contrastes en el TLCAN son marcados, dado que Estados Unidos como principal productor agrícola global de biotecnología, es el asiento de más de la mitad de la superficie de siembra del mundo dedicada a cultivar plantas transgénicas. Tres cuartas partes de las compañías de biotecnología cuyas acciones se comercian públicamente tienen su sede en Estados Unidos y los gastos en investigación y desarrollo de la biotecnología en ese país, tanto privados como públicos, son abrumadoramente mayores que en cualquier otro país (ETCGroup, 2005; Munn-Venn y Mitchel, 2005: 4). El productor más prominente con sede en Estados Unidos, la compañía Monsanto, vendió 88% de las semillas transgénicas en



2004 (ETCGroup, 2005). Queda claro que el sector de la biotecnología estadounidense tiene un interés significativo en la difusión de la agricultura transgénica a la vez que conserva su posición dominante tanto en la investigación y desarrollo como en las patentes de nuevos organismos.

Canadá, en contraste, invierte 1.5% de lo que invierte Estados Unidos en desarrollo y tiene una extensión de tierras mucho menor dedicada a la producción de cultivos transgénicos. Sin embargo, como el cuarto mayor productor por su extensión de tierras (después de Estados Unidos, Argentina y Brasil), Canadá es un participante significativo, hablando en términos globales (ETCGroup, 2005; Munn-Venn y Mitchel, 2005).

En términos de la adopción de cultivos transgénicos, en especial de maíz, el gobierno mexicano fue muy cauteloso en un principio, dada la amenaza evidente de la contaminación genética que plantean los transgénicos a las variedades nativas de México (Knudson, Lau y Lee, 2004; Agence France-Presse, 2009). No obstante, en 2002 la Secretaría de Agricultura comenzó a conceder permisos para la siembra comercial de maíz transgénico, supuestamente en el norte del país, lejos de las regiones del centro y sur, en donde está la mayor biodiversidad del maíz. Entre 1995 y 2005 se autorizaron en dicho país 31 variedades de cultivos transgénicos, entre los que se cuentan alfalfa, soya, jitomates, papas, colza, algodón y maíz, 16 de las cuales habían sido desarrolladas por Monsanto.

En vista del enfoque azaroso para la concesión de permisos, el congreso mexicano aprobó en 2005 la Ley de Bioseguridad de Organismos Genéticamente Modificados (LBOGM), que destacó al maíz para ser tratado como un caso especial. Una sección de esta ley está dedicada a zonas restringidas, que tienen el propósito de proteger los centros de origen y diversidad biológica, así como a las zonas libres de transgénicos, que pueden ser designadas a petición de las comunidades locales que, por ejemplo, busquen proteger su producción agrícola y mercados orgánicos. Esas peticiones de las comunidades, sin embargo, deben ser aprobadas tanto por el gobierno estatal como por el municipal, lo que plantea la pregunta de en qué medida esos gobiernos son suficientemente autónomos

con respecto a las clases gobernantes locales y las grandes agroempresas multinacionales (AEM).

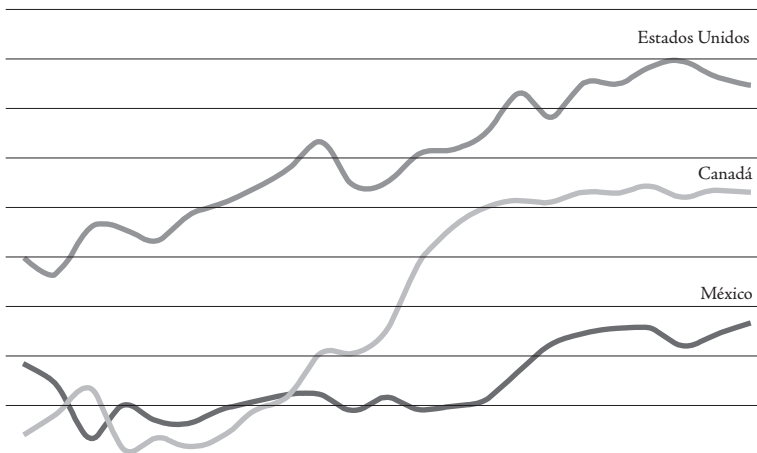
Para 2008, México dedicaba unas 100,000 hectáreas de tierra al cultivo de algodón y soya transgénicos, lo que colocó al país en el lugar 13 en el mundo en cuanto a superficie dedicada al cultivo de transgénicos, según el International Service for the Acquisition of Agri-Biotech Applications, un grupo que representa los intereses de las agroempresas multinacionales. A pesar de que México casi duplicó la superficie dedicada a los transgénicos para 2011 con 175,000 hectáreas, su lugar como «megaproducción» de transgénicos (algodón y soya) había bajado al número 16, de acuerdo con el principal defensor a sueldo de los mismos, Clive James (2011). Según la clasificación de James, hay 17 megaproducción, definidos como aquellos países que dedican por lo menos 50,000 hectáreas al cultivo de transgénicos. Otros países latinoamericanos incluidos en esta lista son Brasil, en segundo lugar, con 30 millones de hectáreas sembradas (soya maíz y algodón); Argentina, en tercer lugar, con 23.7 millones de hectáreas (soya maíz y algodón); Paraguay en séptimo, con 2.8 millones de hectáreas (soya); Uruguay en décimo, con 1.3 millones de hectáreas (soya y maíz); y Bolivia con 900,000 hectáreas sembradas con soya (James, 2011).

En comparación con la adopción de cultivos transgénicos en Estados Unidos y Canadá, México es minúsculo, por supuesto, y su control de la investigación y el desarrollo es casi nulo. Mientras que Estados Unidos seguía ostentando el primer lugar entre los megaproducción de transgénicos con 69 millones de hectáreas (maíz, soya, algodón, canola, betabel, alfalfa, papaya y calabacita, por orden de importancia), Canadá se ubicó en el quinto lugar con 10.4 millones de hectáreas de superficie dedicadas a los transgénicos (canola, maíz, soya y betabel). A pesar de estas grandes diferencias, México ha sido afectado significativamente por los cultivos transgénicos: no tanto por su adopción directa como por el comercio internacional, ya que el país se ha tornado gradualmente más dependiente de la importación de granos básicos, como se destacó más arriba (Wise, 2010).

En síntesis: Estados Unidos domina la biotecnología agrícola, Canadá está en un punto intermedio entre los papeles de «aprovecharla» y «promoverla», mientras que México ejerce escasa influencia en el desarrollo de la tecnología, cultiva una pequeña cantidad y es afectado primordialmente a través de la diseminación de los transgénicos por medio de sus importaciones obligatorias de productos provenientes de Estados Unidos bajo el TLCAN. Pero para tener una idea clara de lo que ha significado para México la importación de cultivos transgénicos, en contraste con lo sucedido en Estados Unidos y Canadá, tenemos que comparar los datos empíricos sobre consumo de alimentos en los tres países antes y durante los años del TLCAN. En un sentido muy real, México podría ser el espejo en el que se pueda mirar la mayoría de los países latinoamericanos si continúan profundizando la adopción de la dieta neoliberal.

GRÁFICA 1

TLCAN: Oferta total de alimentos (1,000 kcal/cápita/1985-2007)



Fuente: FAOSTAT, en: <http://faostat.fao.org/site/609/DesktopDefault.aspx?PageID=609#ancor> (último acceso: 23 de noviembre de 2010).

Desafortunadamente, los datos sobre la oferta de alimentos en América del Norte de la Organización para la Alimentación y la Agricultura de

las Naciones Unidas (FAO, por sus siglas en inglés) no cubren el periodo que derivó y luego incluyó a la crisis alimentaria de 2008, pero aún así podemos extrapolar las tendencias estructurales de 1985 a 2007, el último año para el cual había información disponible a principios de 2012. Al comparar los tres países del TLCAN en cuanto a la oferta de alimentos per cápita (véase gráfica 1), notamos varias tendencias y transformaciones que establecieron el contexto para la crisis global de 2008. Hay que aclarar que aquí se analiza la oferta de alimentos disponible en cada país como un indicador para medir el consumo per cápita, si bien no se toman en cuenta los desperdicios. Ésa es la forma en que se presentan los datos de la FAO, los cuales se basan en fuentes oficiales de cada país, y a eso hay que atenerse.

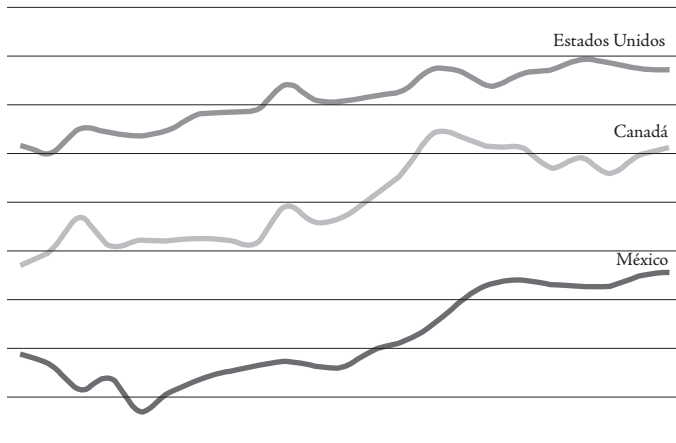
En primer lugar, si bien es evidente que Estados Unidos tiene una oferta per cápita de alimentos mayor que las de Canadá y México, podría resultar sorprendente para algunos que en 1985, nueve años antes del inicio de la vigencia del TLCAN, dicha oferta diaria en México (3,185 kilocalorías) era ligeramente mayor que la de Canadá (3,043 kilocalorías). Tras un descenso de la oferta en México en 1987, seguramente debido a que ese año fue el de mayor inflación y tal vez el fondo de la crisis económica que se inició en 1982, México volvió a superar la oferta de alimentos per cápita de Canadá hasta 1993. Comenzando exactamente con el inicio del TLCAN en 1994, empero, la oferta de alimentos per cápita de Canadá superó a la de México y siguió creciendo, aproximándose a los niveles de Estados Unidos en 1999. Para este año, Canadá superaba el consumo diario per cápita de alimentos en México en unas 400 kilocalorías, mientras que en Estados Unidos el excedente era de unas 600 kilocalorías diarias con respecto a México y unas 220 con respecto a Canadá. Lejos de que se haya dado una convergencia entre los tres países del TLCAN, México se quedó muy atrás en la oferta de alimentos per cápita en comparación con sus socios del norte, incluso antes de los marcados incrementos en los precios de los alimentos que se dieron a partir de 2007, tocaron techo en 2008, y tuvieron una nueva alza en 2010-2011.

Si desglosamos nuestro análisis según los componentes de los alimentos —proteína, verduras y grasas— también podemos ver algunos

contrastes interesantes, que nos dan señales claras de fortaleza y la vulnerabilidad de cada país en el renglón alimenticio. Hay que poner de relieve que las cifras para la oferta total de alimentos, así como las de la oferta alimentaria de verduras, están dadas en términos de kilocalorías; mientras que las cifras sobre proteínas y grasas se ofrecen en términos de gramos per cápita diarios. En cuanto a la oferta o disponibilidad de proteínas per cápita (véase la gráfica 2), los tres países experimentaron ligeros incrementos, pero el de México se situó entre 11 a 27 gramos diarios per cápita por debajo de los de Canadá y Estados Unidos de 1985 a 2007. El incremento que se da en la oferta de proteínas en México a partir de 1997, un punto en el cual apenas supera la oferta del año inicial de 1985, parece deberse a la importación, después de 1994, de productos cárnicos más baratos procedentes de Estados Unidos. En esta tendencia destacan dos aspectos: en Estados Unidos la mayor parte de los granos para alimentación ganadera están subsidiados y se producen con semillas transgénicas.

GRÁFICA 2

TLCAN: Oferta total de proteínas (g/cápita/1985-2007)



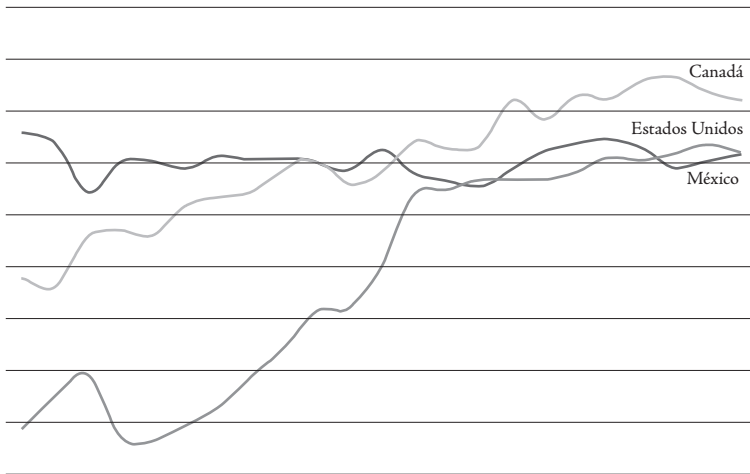
Fuente: FAOSTAT, en: <http://faostat.fao.org/site/609/DesktopDefault.aspx?PageID=609#anchor> (último acceso: 23 de noviembre de 2010).

En segundo lugar, el aumento de la oferta de productos cárnicos en México debe estar relacionado fundamentalmente con un aumento en el poder adquisitivo entre los mexicanos de ingresos medios y altos, que constituyen una proporción reducida de la población total. Esta inferencia se justifica dada la gran desigualdad que existe en ese país, según el coeficiente Gini que ha calculado la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), organismo que reúne sobre todo a países ricos, pero que incluye a Chile y México. Este coeficiente Gini, que mide la desigualdad en los ingresos disponibles, arroja cifras desde cero, donde habría una igualdad perfecta entre todos los habitantes de un país, hasta uno si todo el ingreso estuviese concentrado en manos de una sola persona. El coeficiente Gini en México aumentó dramáticamente después del giro neoliberal a mediados de los años ochenta, para llegar hasta 0.52 en 1994. A partir de ese año, sin embargo, el coeficiente empezó a descender modestamente hasta llegar a 0.46 en 2005, pero luego volvió a subir a 0.47 en 2009. Este indicador se compara favorablemente en cuanto a su tendencia descendiente, desde una situación de desigualdad extrema, respecto a la evolución del coeficiente Gini para el promedio de los países miembros de la OCDE, que se ha elevado levemente. Sin embargo, la desigualdad en México se compara muy desfavorablemente en cuanto a las cifras mismas, pues el promedio de la OCDE ascendió de 0.30 en 1995 a 0.31 en 2009 (OCDE, 2011). Una gran parte de este ascenso se debió a la creciente desigualdad en Estados Unidos, que ha aumentado de un punto bajo de 0.28 en 1980 hasta 0.37 en 2009; es decir, muy por encima del promedio, merced, sin lugar a dudas, a las reformas neoliberales iniciadas por Ronald Reagan en los años ochenta. Cabe suponer que la crisis financiera global que se desató en 2008 ha exacerbado esta tendencia a profundizar la desigualdad.

Los contrastes entre los países del TLCAN cambian cuando continuamos el análisis hacia el consumo de verduras per cápita (gráfica 3): mientras que en Estados Unidos ha aumentado más la oferta de verduras que en Canadá y en México —lo que supone un incremento en el consumo de verduras per cápita entre 1985 y 2007— la oferta en Canadá,

GRÁFICA 3

TLCAN: Oferta total de verduras (1,000 kcal/cápita/1985-2007)



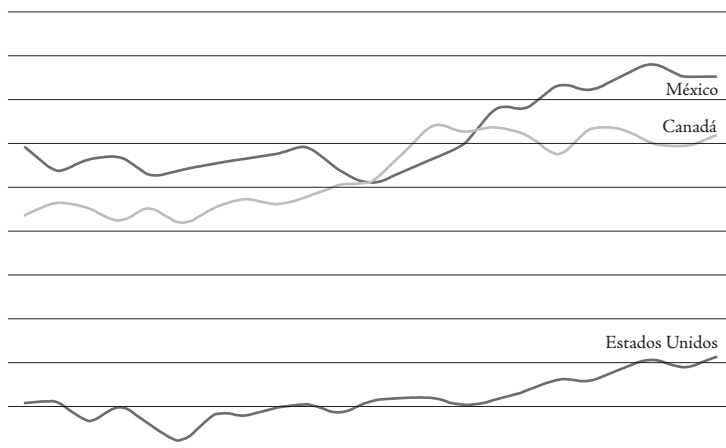
Fuente: FAOSTAT, en: <http://faostat.fao.org/site/609/DesktopDefault.aspx?PageID=609#ancor> (último acceso: 23 de noviembre de 2010).

en aumento desde antes del TLCAN, sobrepasó a la de México para 1998. La oferta de verduras en México, que comenzó el periodo en un nivel ligeramente mayor que la correspondiente a Canadá, decayó ligeramente al final del periodo. Esto resulta irónico, dado que durante el mismo periodo México aumentó sustancialmente sus exportaciones de frutas y verduras a Canadá y Estados Unidos (Pechlaner y Otero, 2010). Evidentemente, esto significa que aunque los agricultores mexicanos capitalizados lograron aprovechar la liberalización comercial a través del TLCAN, los consumidores promedio en México perdieron poder adquisitivo y tuvieron menor capacidad para comprar las frutas y verduras que salían de su país hacia el mercado internacional. El caso típico de esta tendencia es el aguacate, cuya exportación ha sido acaparada por las comercializadoras estadounidenses Calavo Growers Inc., Del Monte, West Pack, Chiquita y Fresh Directions. Así pues, lejos de que la burguesía agraria mexicana pudiera aprovechar las nuevas condiciones de libre comercio, se ha visto acorralada por agentes económicos con mayores capacidades

financieras y redes de mercadeo, a la vez que el Estado mexicano retiró sus apoyos para la agricultura (Hernández Palestino, 2010).

GRÁFICA 4

TLCAN: Oferta total de grasa (g/cápita/1985-2007)



Fuente: FAOSTAT, en: <http://faostat.fao.org/site/609/DesktopDefault.aspx?PageID=609#anchor> (último acceso: 23 de noviembre de 2010).

Finalmente, la oferta alimentaria diaria de grasas per cápita en México (gráfica 4), que siempre fue de menos de la mitad que la de Canadá y Estados Unidos, permaneció bastante estable, con un ligero descenso en la primera fase del giro neoliberal en 1986-1990. Mientras tanto, Canadá y Estados Unidos aumentaron su oferta diaria de grasas per cápita. En términos porcentuales, la oferta de grasas aumentó casi 12% en México a lo largo del periodo, mientras que la cifra correspondiente para Canadá fue de casi 14% y para Estados Unidos fue de más de 11%. No hay que perder de vista, sin embargo, que Estados Unidos empezó en una posición de oferta y consumo de grasas por encima de sus dos países vecinos.

Varios estudiosos sobre México han corroborado las tendencias que aquí hemos descrito, que indican claramente una evolución desfavorable del consumo alimenticio mexicano en comparación con los que se dan en



Canadá y Estados Unidos. Los cultivos transgénicos llegaron a México junto con los enormes trastornos económicos y sociales del TLCAN: dos millones de empleos perdidos en el campo; migraciones masivas de campesinos a las ciudades o hacia el norte; una reducida tasa de crecimiento económico nacional de 1.7% anual, en comparación con un promedio de 6.1% de la década de los cuarenta a los setenta (Calva *apud* Zaragoza, 2008). En pocas palabras, los impactos negativos de la liberalización comercial, que aumentaron en gran medida las exportaciones de transgénicos de Estados Unidos y Canadá, han sido mucho mayores para México que para sus dos socios en el TLCAN, incluso antes de la crisis alimentaria global de 2008. Una vez comenzada la crisis, estos desproporcionados impactos negativos sólo se han profundizado.

Las crecientes importaciones en México de maíz transgénico y de carne de res, puerco y pollo —es decir, de animales que fueron alimentados con transgénicos— tuvieron por lo menos dos efectos perversos: por un lado, más campesinos fueron llevados a la bancarrota y se tornaron redundantes por la competencia con cultivos subsidiados; por el otro, las crecientes importaciones posibilitaron un incremento en el consumo de carne para quienes podían pagarla, a expensas del consumo de frutas y verduras para quienes se hicieron muy caras. En un país donde el poder adquisitivo es profundamente desigual, los transgénicos de producción masiva han promovido una dieta de alto contenido proteico para unos cuantos y encarecido el consumo de frutas y verduras para las mayorías.

La enorme población de mexicanos con muy bajo poder adquisitivo es extremadamente vulnerable a los cambios bruscos de precios, al igual que tantos otros en el mundo en desarrollo, en donde la proporción de los presupuestos familiares que se gasta en alimentos es aproximadamente cuatro veces mayor que en las naciones desarrolladas. Un incremento promedio de 15% en los índices de precios al consumidor de América Latina y el Caribe en 2006-2007 recorrió la tasa de indigencia en la región «en casi tres puntos, de 12.7 a 15.9%», según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), lo que significó que más

de 10 millones de latinoamericanos adicionales cayeron en la pobreza como consecuencia de los altos precios alimentarios (CEPAL, 2008: 1).

## CONCLUSIÓN

Con la globalización de la economía mundial, las agriculturas nacionales en América Latina se han subsumido cada vez más a los patrones de producción y consumo de alimentos de Estados Unidos. La ironía, sin embargo, es que la mayor parte de las variedades vegetales que actualmente representan la base de la alimentación en el mundo, se originan en el hemisferio Sur, donde aún prevalece la mayor diversidad biológica. La expansión de las variedades y transgénicos de alto rendimiento, junto con el resto del paquete tecnológico de la agricultura moderna, plantea una importante amenaza a esta diversidad genética vegetal —supuestamente, para el mayor beneficio de aquellas AEM que lo promueven—. Por ende, las adiciones a la agricultura moderna como un paradigma tecnológico —la biotecnología y la ingeniería genética— amenazan con exacerbar muchos de los peligros existentes para la agricultura sustentable a largo plazo. Además, la cada vez mayor integración vertical y los vínculos de las AEM amenazan con fortalecer aun más el dominio empresarial a tal grado que la democratización del paradigma tecnológico se torna cada vez más difícil.

Dado el lugar dominante que ocupa la economía estadounidense en el sistema mundial y su ideología del globalismo neoliberal, cualquier solución significativa y duradera para la dirección de los patrones de la investigación agrícola y de producción de alimentos parecería residir en ese país. El público estadounidense podría impulsar una democratización de las instituciones de investigación agrícola y a favor de una estrategia social de desarrollo de productos para las AEM basadas en Estados Unidos, asegurando que las tecnologías que desarrollen sean apropiadas para los pequeños productores, los consumidores y la ecología. Algunos sectores del público estadounidense están hablando, aunque las voces son todavía débiles (Roff, 2008). Al menos, las voces de disidencia pueden

verse en la demanda creciente de productos orgánicos y socialmente sustentables, si bien estos grupos tienden a ser los de mayor poder adquisitivo (Johnston y Baumann, 2010) y no las grandes masas que quedan atrapadas en la dieta neoliberal.

En su mayoría, los pueblos de América Latina todavía carecen de este poder para oponerse a la agricultura moderna y su dieta neoliberal, con la excepción de Brasil y en cierta medida México: no tienen la capacidad científica ni los actores económicos suficientemente poderosos para generar alternativas tecnológicas en la agricultura; y tampoco disponen de las estructuras del Estado y de la capacidad financiera de carácter público para buscar vías alternativas de desarrollo. Quizá igualmente significativo sea que los nuevos «ganadores» económicos, individuales o empresariales en la modernización agrícola de los países en desarrollo muy probablemente no renuncien a sus ganancias a pesar de las pérdidas nacionales más amplias. El caso de Brasil, donde los grandes agricultores se están revelando contra Monsanto (Peschard, 2012), así como el abandono de la hormona clonada para el crecimiento bovino en La Laguna (Otero, Poitras y Pehclaner, 2012), dan pie para tener algo de esperanza. Lo mismo se puede decir de la demanda legal que han lanzado 300,000 granjeros en Estados Unidos contra ese gigante de los transgénicos, Monsanto (Ayers, 2012), que controla las ventas en 90% de la superficie sembrada con sus semillas (Hendrickson y Heffernan, 2005).

Por supuesto que hay otros varios actores entre estos dos polos —de forma notable la Unión Europea (UE). Incluso antes del sustancial conflicto geopolítico en torno de la invasión de Irak en 2003 por Estados Unidos, la UE contaba con una amplia variedad de organizaciones ambientales y otras no gubernamentales, muchas de las cuales son de alcance y estructura globales. En las nuevas alianzas con las naciones en desarrollo, un nuevo bloque hegemónico de la UE podría surgir en la esfera mundial para desafiar el paradigma tecnológico estadounidense en la agricultura y los alimentos.

Existe resistencia en la UE, en varios niveles. Ésta misma, hasta tiempos recientes, sostenía un boicot de facto de los cultivos transgénicos, para

disgusto de Estados Unidos, e insistía en el establecimiento de regulaciones en cuanto al etiquetado de los organismos genéticamente modificados u OGM, incluidos los transgénicos. Formas más locales de resistencia reflejan esta lucha nacional. Muchos han alabado al granjero francés José Bové como un héroe nacional, por ejemplo, después de que derribó con maquinaria pesada un restaurante de McDonald's en construcción en 1999. Bové declaró que sus acciones eran un ataque a los «alimentos chatarra» (es decir, los *fastfoods* estadounidenses y los OGM), y en contra de la OMC, las multinacionales y los gobiernos que los promueven en detrimento de los pequeños productores (AgBiotech Buzz, 2003).

Formas más convencionales de protesta se encuentran en las acciones de Greenpeace y otras Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Igualmente significativa es la clara evidencia de que las alianzas crecientes entre las naciones en desarrollo podrían contrarrestar la presión de Estados Unidos, como se evidenció en la ronda de negociaciones de la OMC de 2003 en Cancún. Esta reunión no llegó a acuerdos, gracias en buena parte a la oposición de 22 países en desarrollo, incluyendo Brasil y México. Se opusieron a los dobles estándares de Estados Unidos: al querer liberalizar el comercio mundial en la agricultura para todos los demás países, pero conservar uno de los mayores subsidios per cápita para la producción agrícola, junto con la UE y Japón.

Por otro lado, si los países en desarrollo logran sus propósitos frente a Estados Unidos y la OMC finalmente impone sus estándares de liberalización del comercio, los principales ganadores no serían los agricultores del sur. Más bien, probablemente aumentarían sus exportaciones, pero los principales beneficios se concentrarían en las AEM compradoras de productos agrícolas como Cargill, ADM y ConAgra, a expensas de los granjeros de Estados Unidos, la UE y Japón.

Sólo por poner un ejemplo de la concentración en el subsector de procesamiento de productos agrícolas para producir harina, veamos las cifras de cómo ha evolucionado el CR4, o el índice de concentración, en relación con el 100%, de las cuatro firmas más grandes en los Estados Unidos: en 1982 era 40%; en 1987, 44%; en 1990, 61%; y en 2005, 63%

(Hendrickson y Heffernan, 2005: 2). Estos gigantes procesadores de productos agrícolas serían los principales beneficiarios de una mayor liberalización comercial indiscriminada: el resultado lógico de una estructura de mercado con una gran multiplicidad de agricultores y granjeros, por un lado, y sólo un puñado de grandes compradores empresariales, por el otro.

No obstante lo abrumadora que parecen las estructuras oligopólicas, la resistencia al dominio del comercio internacional por Estados Unidos tiene cierto potencial para lograr una distribución más equitativa de los beneficios económicos de las nuevas tecnologías, e inclusive una agricultura social y ecológicamente más sustentable. El texto de la Convención de las Naciones Unidas para la Diversidad Biológica (CBD, 1992) y el Protocolo de Bioseguridad (2000) constituyen ejemplos de esta dinámica lentamente cambiante, incluso cuando el gobierno de Estados Unidos se ha negado a convertirse en un miembro signatario de la UN-CBD. Cualquier solución estructural y de largo plazo, sin embargo, depende en buena parte del impacto que pueda tener la resistencia política desde abajo frente al poder dominante, tanto dentro como fuera de Estados Unidos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agence France-Presse (2009), «New Study Points to GM Contamination of Mexican Corn», 23 de febrero.
- AgBiotech Buzz Website (2003), «French Farmer to Receive Prison Time for Destruction of McDonald's», 8 de noviembre, disponible en: <http://pegwagbiotech.org/buzz/display.php3?StoryID=45> (Fecha de consulta: noviembre de 2003).
- AYERS, Jane (2012), «300,000 Organic Farmers Sue Monsanto in Federal Court: Decision on March 31st to Go to Trial», *Nation of Change*, 19 de febrero, disponible en: <http://www.nationofchange.org/300000-organic-farmers-sue-monsanto-federal-court-decision-march-31st-go-trial-1329059467>.

- BURBACH, Roger y Patricia Flynn (1980), *Agribusiness in the Americas*, Nueva York, Monthly Review Press and North American Congress on Latin America.
- CABELLO, Gaspar (2003), «The Mexican State and the Agribusiness Model of Development in the Globalisation Era», *Australian Journal of Social Issues*, vol. 38, núm. 1.
- Cartagena Protocol on Biosafety (2000), «Cartagena Protocol on Biosafety to the Convention on Biological Diversity», Montreal, Secretariat of the Convention on Biological Diversity, disponible en: <http://www.biodiv.org/biosafety/protocol.asp> (Fecha de consulta: noviembre de 2003).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2008), «Food Price Hikes May Increase Poverty and Indigence by Over Ten Million People in Latin America and the Caribbean», *CEPAL News*, vol. 28, núm. 4.
- Convention on Biological Diversity (1992), «Convention on Biological Diversity», Convention Text. 5 Junio 1992, disponible en: <http://www.biodiv.org/convention/articles.asp> (Fecha de consulta: octubre de 2003).
- DYSON, Tim (1996), *Population and Food: Global Trends and Future Prospects. Environmental Change Programme*, Londres, Routledge.
- ETC Group (2005), «Oligopoly, Inc. 2005: Concentration in Corporate Power», ETCGroup Communiqué, núm. 91, diciembre, disponible en: [etc-group.org/en/materials/publications.html?pub\\_id=42](http://etc-group.org/en/materials/publications.html?pub_id=42).
- \_\_\_\_\_ (2005), «Global Seed Industry Concentration-2005», ETCGroup Communiqué, núm. 90, septiembre/octubre, disponible en: [mindfully.org/Farm/2005/Global-Seed-Industry6sep05.htm](http://mindfully.org/Farm/2005/Global-Seed-Industry6sep05.htm).
- Food and Agriculture Organization of the United Nations, Statistical Database (FAOSTAT), disponible en: <http://apps.fao.org/> (Fecha de consulta: octubre de 2004).
- FRIEDMANN, Harriet (1994), «The International Relations of Food», en B. Harriss-White y R. Hoffenberg (ed.), *Food: Multidisciplinary Perspectives*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd.
- HENDRICKSON, Mary y William Heffernan (2005), Concentration of Agricultural Markets. Department of Rural Sociology, University of Missouri, febrero, disponible en: [www.agribusinesscenter.org/docs/Kraft\\_1.pdf](http://www.agribusinesscenter.org/docs/Kraft_1.pdf).
- HERNÁNDEZ PALESTINO, Daniel (2010), *Reformas neoliberales y globalización: Respuestas de los agricultores capitalistas de Michoacán*, Tesis doctoral en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas.

- JAMES, Clive (2011), «ISAAA Brief 34-2011. Executive Summary. Global Status of Commercialized Biotech/GM Crops», disponible en: <http://isaaa.org/resources/publications/briefs/43/executivesummary/default.asp> (Fecha de consulta: 23 de febrero de 2012).
- JOHNSTON, José y Shyon Baumann (2010), *Foodies: Democracy and Distinction in the Gourmet Foodscape*, New York, Routledge.
- KNUDSON, Tom, Edie Lau y Mike Lee (2004), «Globe-Trotting Genes: Welcome or Not, Modified Strains Pop Up in Crops Near and Far», *Sacramento Bee*, 7 de junio.
- MANCINO, Lisa, Bing-Hwan Lin, y Nicole Ballanger (2004), «The Role of Economics in Eating Choices and Weight Outcomes», *USDA, ERS Agricultural Information Bulletin*, Núm. 791, octubre, disponible en: <http://www.ers.usda.gov/whatsnew/> (Fecha de consulta: 27 de noviembre de 2004).
- MEADE, B. et al. (2002), Food Security Assessment, ERS Outlook Report, núm. GFA 13.
- MUNN-VENN, Trefor y Paul Mitchell (2005), «Biotechnology in Canada: A Technology Platform for Growth», *The Conference Board of Canada Report* (diciembre), disponible en: [www.agwest.sk.ca/biotech/documents/115-06-Biotechnology%20in%20Canada.pdf](http://www.agwest.sk.ca/biotech/documents/115-06-Biotechnology%20in%20Canada.pdf).
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2011), «Divided We Stand: Why Inequality Keeps Rising», disponible en: [www.oecd.org/els/social/inequality](http://www.oecd.org/els/social/inequality) (Fecha de consulta: 14 de febrero de 2012).
- OTERO, Gerardo (2012), «The Neoliberal Food Regime in Latin America: State, Agribusiness Transnational Corporations and Biotechnology», *Canadian Journal of Development Studies*, vol. 33, núm. 3.
- \_\_\_\_\_ y Hayley Jones (2010), «Biofuels or Biofools: A Socio-Ecological Critique of Agrofuels», ponencia presentada en el congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), 6-9 de octubre, Toronto, Ontario, Canadá.
- \_\_\_\_\_ Manuel Poitras y Gabriela Pechlaner (2012), «Economía política de la biotecnología agrícola en Norte América: El caso de la ganadería lechera en La Laguna, México», *Estudios Sociedade e Agricultura*, vol. 20, núm. 2.
- PECHLANER, Gabriela y Gerardo Otero (2010), «The Neoliberal Food Regime: Neoregulation and the New Division of Labor in North America», *Rural Sociology*, vol. 75, núm. 2.

- PESCHARD, Karin (2012), «Unexpected Discontent: Exploring New Developments in Brazil's Transgenic Controversy», *Canadian Journal of Development Studies*, vol. 33, núm. 3.
- PINSTRUP-ANDERSEN, P. y R. Pandya-Lorch (2000), «Meeting Food Needs in the 21st Century: How Many and Who Will Be at Risk?», ponencia presentada en AAAS Annual Meeting, febrero, Washington, disponible en: [http://www.ifpri.org/pubs/jhu/fed21century\\_chapter01.pdf](http://www.ifpri.org/pubs/jhu/fed21century_chapter01.pdf)
- ROFF, Robin (2008), *Revolution from the Aisle? Anti-Biotechnology Activism and the Politics of Agrifood Restructuring*, Tesis doctoral, Departamento de Geografía, Simon Fraser University.
- SEALE, J., A. Regmi y J. Berstein (2003), «International Evidence on Food Consumption Patterns», *ERS Research Briefs*.
- TEUBAL, M. (2008), «Genetically modified soybeans and the crisis of Argentina's agriculture model», en Gerardo Otero (coord.), *Food for the Few: Neoliberal Globalism and Biotechnology in Latin America*, Austin, University of Texas Press.
- United States Department of Agriculture (USDA), Economic Research Service (ERS), disponible en: <http://www.ers.usda.gov>.
- \_\_\_\_\_ (1997), «Food Security Assessments», *International Agriculture and Trade Reports, Situation and Outlook Series*, GFA9.
- WIEBE, K. (2003), «Trends in Food and Resources», *Linking Land Quality, Agricultural Productivity, and Food Security. Agricultural Economic Report*, núm. AER-823.
- WHITEFORD, M. B. (1991), «From Gallo Pinto to «Jack's Snacks»: Observations on Dietary Change in a Rural Costa Rican Village», en S. Whiteford y A. Ferguson (ed.), *Harvest of Want: Hunger and Food Security in Central America and Mexico*, Boulder, Westview Press.
- WISE, Timothy (2010), «Who Pays for Agricultural Dumping? Third World Farmers», disponible en: <http://triplecrisis.com/who-pays-for-agricultural-dumping-farmers-in-developing-countries-2/> (Fecha de consulta: 12 de agosto de 2010).
- World Food Summit (WFS) (1996), «Food Needs and Population», *World Food Summit: Food for All*, Roma, 13-17 de noviembre.
- ZARAGOZA, G. L. (2008), «Balance negativo en el agro después de 14 años de TLCAN: académicos», *La Jornada*, 1 de marzo.